

Jueves, 24 de julio de 2003

Casualmente, el día que mi hermana Gillian decidió que en lo sucesivo pronunciaría su nombre con g fuerte fue el mismo día que regresó mi madre, demasiado pronto y sola, de su luna de miel. Ni lo uno ni lo otro me sorprendió: Gillian, por entonces entre el tercer y el cuarto curso en Barnard, salía con un profesor de Teoría del Lenguaje llamado Rainer Maria Schultz y, claro, se había vuelto una fanática de la lingüística y a menudo peroraba sobre el lenguaje «puro» del que supuestamente Gillian con g fuerte era un ejemplo. Por otro lado, mi madre había decidido contraer matrimonio precipitadamente con un hombre raro que se llamaba Barry Rogers. Si bien Gillian con g fuerte y yo habíamos sospechado que ese enlace (el tercero de mi madre) no duraría mucho, supusimos que sí sobreviviría a la luna de miel, pero cuando nos enteramos de que se proponían pasarla en Las Vegas, nuestro escepticismo aumentó. Mi madre, que se ha pasado la vida evitando lugares como Las Vegas y des-

deñando alegremente a cualquiera que visitara o tan solo tuviera la intención de visitar lugares semejantes, se había aplicado una inquietante técnica de lavado de cerebro al anunciar que la luna de miel en Las Vegas sería «divertida» y una bonita variación con respecto a sus lunas de miel anteriores (Italia con mi padre y las islas Galápagos con su segundo marido). Que mi madre afirmara que algo era o sería «divertido» era ya toda una advertencia: la cosa en cuestión no era ni sería divertida... Y cuando se lo recordé poniéndole el ejemplo de cuando me aseguró que el campamento de vela al que me obligó a ir en el verano de mis doce años sería «divertido», ella reconoció que no había sido divertido para mí, pero dijo que eso no significaba que su luna de miel en Las Vegas no pudiera ser divertida para ella. Tal es la capacidad que tienen los adultos, bueno, mi madre por lo menos, de engañarse a sí mismos.

Gillian y yo estábamos comiendo o tomando a mediodía algo parecido a una comida, cuando mi madre regresó prematuramente de su luna de miel. Eran casi las dos de la tarde. Gillian, sentada a la mesa de la cocina, hacía el crucigrama del *New York Times*, que teníamos prohibido cuando mi madre estaba en casa porque, como ella nos decía a menudo, ese era el único placer de su vida que nunca le fallaba. Yo estaba comiendo un bocadillo de huevo frito. Debería haber estado trabajando en la galería de arte propiedad de mi madre que dirigía un joven llamado John Webster, pero, como mi madre se encontraba fuera de la ciudad dedicada a las inimaginables actividades, cualesquiera que sean, a las que se dedica una mujer de cincuenta

y tres años en Las Vegas durante su tercera luna de miel, y como estábamos en julio y nadie había puesto los pies en la galería durante siete días, había decidido juiciosamente cerrarla e irse a casa de unos amigos suyos en Amagansett. Yo podía hacer lo que me diera la gana durante el resto de la semana. Y, naturalmente, no le contaría a mi madre ese paréntesis, pues ella creía que en cualquier momento algún cliente podía entrar en el local y comprar un cubo de basura adornado con páginas arrancadas de diversas ediciones de la Biblia, la Torá o el Corán (por dieciséis mil dólares). Mi madre abrió la galería hace unos dos años, tras divorciarse de su segundo marido, porque quería «hacer algo» y, aunque cabía pensar que se refería a alguna clase de trabajo, no era así: «hacer algo» significaba comprar un montón de ropa nueva (ropa muy cara que había sido «deconstruida», lo cual, que yo sepa, consistía en que habían rasgado algunas de las costuras o habían puesto cremalleras donde Dios no quería que las hubiera) porque los directores de galerías de arte tenían que parecer directores de galería de arte y comer en restaurantes caros con comisarios de exposiciones y asesores de arte o, alguna que otra vez, con artistas de verdad. Mi madre había tenido bastante éxito como editora de libros de arte hasta que se casó con su segundo marido pero, según parece, una vez has dejado de trabajar en ello por causas justificadas es imposible volver a ello. Más de una vez le había oído decir: «No podría volver nunca a ese trabajo, es pesadísimo, y lo último que el mundo necesita es otro libro de adorno para la mesita de centro». Cuando le pregunté si creía que el mundo necesitaba una lata de

basura adornada con páginas arrancadas de la Biblia del rey Jaime me respondió que no, que el mundo no necesitaba tal cosa y que eso era precisamente lo que hacía del objeto una obra de arte. Repliqué que si el mundo no necesitaba libros para las mesitas de centro también estos debían de ser obras de arte. ¿Qué diferencia había? Mi madre respondió que la diferencia estribaba en que el mundo *creía* necesitar libros para las mesitas de centro, el mundo *valoraba* los libros para las mesitas de centro, pero el mundo no creía necesitar cubos de basura adornados con páginas pegadas.

Y así Gillian y yo estábamos sentados en la cocina, ella enfrascada en el crucigrama y yo comiendo mi bocadillo de huevo frito, cuando oímos que abrían la puerta o, mejor dicho, la cerraban, pues la habíamos dejado descuidadamente abierta, y oímos que primero la cerraban con llave y entonces la abrían de nuevo, maniobra en cuyo transcurso mi hermana y yo nos limitamos a mirarnos sin decir nada, pues sabíamos por instinto quién estaba abriendo la puerta. Mi padre tiene un juego de llaves del piso y habría sido razonable (bueno, digamos que más razonable) que se tratara de él, ya que mi madre estaba de luna de miel en Las Vegas, pero por alguna razón Gillian y yo supimos enseguida que era nuestra madre. Oímos que arrastraba su maleta con ruedas por el umbral (mi madre no viaja ligera de equipaje y menos cuando está de luna de miel), luego el ruido de la maleta al volcar, a continuación oímos cómo tiraba al suelo los libros, revistas y otros desechos que se habían acumulado sobre el sofá durante su ausencia, el sonido producido al dejarse caer en el sofá y la pala-

bra «mierda» pronunciada en un tono más bien sereno y conmovedor.

Nos quedamos un momento callados, aturdidos, casi como si creyéramos que, si guardábamos silencio, ella no detectaría nuestra presencia, tal vez invertiría sus movimientos, se levantaría del sofá, colocaría los desechos en su sitio, enderezaría la maleta, tiraría de ella a través de la puerta, volaría de regreso a Las Vegas y reanudaría su luna de miel.

Pero, como es natural, no sucedió tal cosa. Poco después oímos que se levantaba y venía a la cocina.

—Dios mío —dijo mi madre al encontrarnos allí—. ¿Qué hacéis aquí vosotros dos?

—¿Y tú qué estás haciendo aquí? —preguntó Gillian.

Mi madre se acercó al fregadero y miró los vasos y los platos sucios con el ceño fruncido. Abrió el armario de los vasos, pero estaba vacío, pues Gillian y yo nos habíamos inclinado por la técnica de enjuagar y utilizar de nuevo los vasos en vez de lavarlos, guardarlos y volverlos a usar.

—Señor —dijo mi madre—. Lo único que quiero es un vaso de agua. ¡Un simple vaso de agua! Eso es todo lo que quiero. Y como siempre pasa con cuanto quiero, parece que se me niega.

Gillian se levantó, seleccionó un vaso bastante limpio entre los amontonados en el fregadero, lo enjuagó y lo llenó de agua del grifo.

—Aquí tienes —dijo, dándoselo a nuestra madre.

—Dios te bendiga —contestó mi madre. No es una persona religiosa, así que el empleo de esa clase de lenguaje me inquietó. O me inquietó todavía más, pues su inesperada llegada ya lo había conseguido.

—Lo que tú digas —dijo Gillian, y volvió a sentarse.

Mi madre permaneció ante el fregadero, bebiendo el vaso de agua de una manera curiosa, como un pájaro. Recordé entonces que los pájaros no pueden tragar, por lo que deben echar la cabeza atrás para ingerir agua y que si en un aguacero dejan el pico abierto e inclinan la cabeza atrás se ahogan, aunque ignoro la razón por la que habrían de dejar el pico abierto e inclinar la cabeza atrás durante un aguacero. Finalmente, mi madre terminó de beber el agua de aquella manera extraña y se puso a enjuagar el vaso y meterlo en el lavavajillas con unos gestos que me parecieron exagerados, aunque desde luego no era fácil colocarlo en el lavavajillas porque ya estaba lleno de platos sucios.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gillian.

—¿Que qué ha ocurrido?

—Sí. ¿Por qué has vuelto? ¿Dónde está el señor Rogers? —A mi hermana y a mí nos gustaba llamar al nuevo marido de nuestra madre por su apellido, aunque ella nos había insistido en que le llamáramos Barry.

—No sé dónde está ese hombre ni me importa —respondió mi madre—. Espero no volver a ver a Barry jamás.

—Bueno, mejor descubrir eso ahora —dijo Gillian—, aunque supongo que habría sido mejor descubrirlo antes de que te casaras con él o antes de que aceptaras casarte con él o antes de que lo conocieras.

—¡Gillian! —exclamó mi madre—. Por favor.

—Se dice Gillian —protestó ella.

—¿Cómo? —preguntó mi madre.

—Mi nombre es Gillian. Ya está bien de pronunciarlo mal. He decidido que a partir de ahora solo responderé

cuando me llamen Gillian. Rainer Maria dice que poner nombre a un bebé y pronunciar mal ese nombre es una forma sutil e insidiosa de maltrato infantil.

—Bien, yo no soy así: si decidiera tratarte mal, no lo haría de ninguna manera sutil o insidiosa. —Mi madre me miró—. ¿Y tú por qué no estás en la galería?

—John no me necesitaba hoy —dije.

—Esa no es la cuestión —dijo ella—. John nunca te necesita. No vas a la galería porque seas necesario. Vas porque te pago para que vayas y así tengas un trabajo en verano, aprendas lo que vale un dólar y sepas en qué consiste la responsabilidad.

—Iré mañana —le dije.

Mi madre se sentó a la mesa. Le arrebató a Gillian el crucigrama a medio terminar.

—Por favor, quita de aquí este plato —me dijo—. No hay nada más repugnante que un plato sobre el que alguien ha comido un bocadillo de huevo frito.

Mi madre es muy quisquillosa respecto a lo que comen quienes la rodean. No soporta ver a nadie comiéndose un plátano, a menos que lo pele por completo y lo corte en atractivas porciones del tamaño de bocados.

Me levanté, enjuagué el plato y lo metí en el lavavajillas. Añadí el detergente y lo puse en marcha. Cualquiera habría visto que estas acciones estaban claramente destinadas a congraciarme con mi madre, y lo cierto es que sí parecieron ablandarla. Suspiró y apoyó la cabeza en los brazos que tenía cruzados sobre la mesa.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntarle Gillian.

Mi madre no respondió. Y advertí que estaba llorando. Gillian se puso en pie, se colocó detrás de ella, la

rodeó con los brazos y la mantuvo abrazada mientras ella sollozaba.

Recorrí el pasillo hasta la sala de estar y telefoneé a la casa de Amagansett donde se encontraba John. Una mujer se puso al aparato.

—¿Diga?

—Hola. ¿Está John Webster?

—¿Quién le llama? —preguntó la mujer de esa manera hostil y desafiante con la que se trata de desalentar a los vendedores por teléfono.

—Soy Bryce Canyon —respondí. Siempre me niego a dar mi verdadero nombre cuando alguien quiere saber: «¿Quién llama?», puesto que bien podría decir: «¿Puedo preguntarle quién llama?» o «¿Puedo decirle quién le llama?».

—En este momento no está disponible, señor Canyon. ¿Quiere que le deje un recado?

—Sí, por favor. Dígale al señor Webster que Marjorie Dunfour ha regresado inesperadamente de su luna de miel y que si el señor Webster valora su medio de vida debe regresar a la ciudad con presteza.

—¿*Pre* qué? —preguntó la mujer.

—Presteza —respondí—. Sin tardanza. Inmediatamente.

—Tal vez sería mejor que se lo dijera usted mismo.

—Creía que no estaba disponible.

—No lo estaba —dijo la mujer—, pero acaba de aparecer.

Al cabo de un momento, John se puso al aparato.

—Diga.

—John, soy yo.

—James, ¿qué pasa?

—Mi madre está aquí —le dije—. Acaba de llegar. Pensaba que querías saberlo.

—Oh, mierda. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro —respondí—, pero el señor Rogers parece ser agua pasada.

—Pobrecilla —dijo John—. Tan pronto. En fin, supongo que es mejor ver las cosas claras más pronto que tarde.

—Eso mismo le hemos dicho nosotros.

—De acuerdo. Volveré en autobús esta noche. ¿Crees que llamará a la galería o, Dios no lo quiera, irá allí?

—Lo dudo. Parece estar recreándose en su desgracia.

—Qué crueldad, James. No es natural. Me preocupas.

—Más te valdría preocuparte por ti. Si descubre que has cerrado la galería, ella sí podría ser un poco cruel.

—Voy enseguida —dijo John—. Mientras hablábamos he estado haciendo el equipaje.

Pensé que, dadas las circunstancias, lo mejor que podía hacer era salir de casa, así que cogí a nuestro perro, un caniche gigante negro llamado *Miró*, y lo llevé al espacio canino de Washington Square. A *Miró*, que al parecer se cree humano, no le gusta el espacio canino, pero se sienta pacientemente en el banco a mi lado, observando las actividades perrunas de sus congéneres con una divertida condescendencia.

Delante de nuestro edificio hay un árbol cubierto de alegrías y hiedra común, con dos placas fijadas al pequeño enrejado que rodea la base del tronco. La ins-

cripción de una de ellas dice: EN MEMORIA DE HOWARD MORRIS SHULEVITZ, PRESIDENTE DEL EDIFICIO 1980-1993. AMÓ ESTE EDIFICIO. La primera vez que vi esta placa, hace unos seis años, cuando mis padres se divorciaron (mi madre vendió el piso donde hasta entonces habíamos vivido, en la calle Setenta y nueve Oeste, y nos mudamos al centro; mi padre se trasladó a un espantoso edificio de Trump en el Upper East Side: tiene uno de esos horrendos pisos con enormes ventanas curvadas que no puedes abrir, grifos de oro falso y unos extraños hombres disfrazados en el ascensor, por si no sabes cómo apretar un botón), la malinterpreté, creyendo que las fechas eran las del nacimiento y la muerte de Howard Morris Shulevitz, un niño que había fallecido de modo tan trágico y prematuro al que habían nombrado presidente honorífico del edificio a título póstumo. Sentí tal cercanía y ternura por aquel muchacho que había muerto aproximadamente a la edad que yo tenía entonces que creí que de alguna manera yo debía ser su sucesor: juré amar el edificio con el ardor de Howard e incluso tuve fantasías en las que me imaginaba muriendo joven (pensé en arrojarme desde la ventana de nuestra sala de estar a fin de aterrizar en la acera que hay delante del árbol para que me dedicaran una placa que colocarían al lado de la de Howard: JAMES DUNFOUR SVECK, SEGUNDO PRESIDENTE DEL EDIFICIO, 1985-1997. TAMBIÉN AMÓ ESTE EDIFICIO). Cometí el error de mencionarle esta pequeña fantasía a mi madre, quien me informó de que Howard Morris Shulevitz debió de haber sido un anciano, un tiranuelo que no había tenido nada mejor que hacer que fastidiar a sus vecinos con amenazas por violar alguna norma

urbanística. La segunda placa del enrejado ordena imperiosamente: **CONTROLE A SU PERRO**. No recuerdo exactamente cuándo la fijaron al enrejado, pero es fácil imaginar por qué esa advertencia era necesaria... Y ahora la visión de esas dos placas adyacentes nunca deja de deprimirme, pues aunque Howard Morris Shulevitz fuese tan desagradable como lo imagina mi madre, ¿realmente merecía la evocación de su nombre y su memoria al lado de un letrero que dice: **CONTROLE A SU PERRO?** Todo este fenómeno de poner a las cosas nombres de difuntos me parece desconcertante. No me gusta sentarme en un banco que conmemora la vida de alguien. Me parece una falta de respeto. Creo que si quieres recordar a alguien, levantas un monumento adecuado, como el Lincoln Memorial, o lo dejas en paz.

El espacio canino es una zona del parque totalmente vallada, de manera que una vez has cruzado las dos puertas, que no deben estar abiertas simultáneamente bajo pena de muerte, puedes quitarle la correa a tu perro y dejarlo retozar con sus iguales. Cuando llegué, hacia las cuatro de la tarde, había muy poca gente. Quienes no tienen un trabajo y frecuentan el espacio canino durante el día ya se habían marchado y quienes sí tienen un trabajo aún no habían llegado. Había unos pocos paseadores de perros, con un surtido abigarrado de animales, ninguno de los cuales parecía tener ganas de retozar. *Miró* emprendió el trote hacia nuestro banco favorito, que por suerte a aquella hora estaba a la sombra, y subió a él de un brinco. Me senté a su lado, pero él volvió la cabeza y no me hizo caso. En la intimidad del hogar, *Miró* es un animal muy

afectuoso, pero en público se comporta como un adolescente que no muestra ningún interés por el afecto de su padre. Supongo que teme que eso afee su pose de perro que se considera humano.

En el espacio canino se respira una camaradería que yo detesto. Esa especie de petulante simpatía que comparten los dueños de perros y que, según ellos, les da derecho a relacionarse. Si me sentara en un banco del parque nadie me abordaría, pero al parecer en el espacio para perros estás en un extraño planeta lejano y amistoso. «Oh, ¿es un caniche gigante?», «¿Es macho o hembra?» o cualquier otra pregunta estúpida. Por suerte los paseadores de perros, como profesionales que son, solo hablan entre ellos, de la misma manera que, como he observado, las niñeras y las madres nunca se relacionan en el parque infantil, sino que, como los paseadores y los propietarios de perros, solo se acercan a las personas de su clase. En definitiva, nadie nos molestó a *Miró* y a mí. Después de observar un momento a los demás perros, suspiró y se tendió lentamente en el banco, empujándome un poco con las patas traseras a fin de tener espacio para estirarse, pero como yo me negué a moverme, se vio obligado a dejar la cabeza colgando sobre el extremo del banco. Y lo hizo de una manera que daba a entender que era muy difícil ser perro.

Pensé en mi madre y su inesperado regreso. No me sorprendía el fracaso de su matrimonio, pues desde el principio, apenas hacía ocho meses, el señor Rogers me había parecido un tipo raro, pero creí que duraría algo más que unos pocos días. Mis padres estuvieron casados quince años y mi madre estuvo casada tres con su segundo marido y supuse que la duración de su úl-

timo matrimonio sería proporcional. Intenté calcular qué porcentaje de quince años eran tres, a fin de calcular cuál sería el porcentaje correspondiente de tres años... ¿Acaso podrían ser cuatro días? Por desgracia, la aritmética nunca se me ha dado bien. Los números no me interesan o no me parecen tan reales como las palabras.

Pero tanto si era proporcional como si no, un matrimonio que solo dura cuatro días es de una brevedad decepcionante. Y podría argüirse que la curva debería ser exactamente la contraria y que, en vez de ir a peor, la gente debería mejorar matrimonio tras matrimonio. A ese paso, si mi madre se atrevía a casarse de nuevo, el novio terminaría dejándola plantada en el altar.

Mi padre no ha vuelto a casarse. Antes de que los dos pudieran divorciarse y casarse de nuevo, la mujer por la que dejó a mi madre murió de una manera repentina y trágica debido a un cáncer de ovarios, lo que fue más rápido que el sistema judicial y, aunque él no es religioso (a mis padres los casó un juez en el Rainbow Room), creo que de alguna manera se sintió castigado por aquella muerte y lo cierto es que desde entonces se ha relacionado con una larga sucesión de mujeres mucho más jóvenes que él que parecen lucir las mismas «mechas» rubias de aspecto artificial en su bonito cabello castaño. (No sé si se trata de un rasgo generacional o es una muestra de fetichismo por parte de mi padre.)

Aquella tarde mi madre fue a consultar con Hilda Temple, su *personal coach*. Mi madre había seguido durante muchos años una terapia convencional (y durante los dos últimos años se había sometido a psicoanálisis), pero poco antes de conocer al señor Rogers llegó a la

conclusión de que en su caso la terapia convencional no «funcionaba» y buscó el asesoramiento de un *personal coach*: uno le plantea a su *coach* las metas que tiene y él o ella te estimula o te da la lata hasta que alcanzas esas metas o, lo que es más probable, hasta que pasas a otra clase de terapia. Conocer al señor Rogers había sido una de las metas de mi madre (bueno, no concretamente conocer al señor Rogers y, retrospectivamente, desde luego no al señor Rogers: la meta había sido encontrar pareja) y, con la ayuda o la intromisión de Hilda, lo había logrado en poco tiempo.

Durante la ausencia de mi madre, Gillian me contó de lo que se había enterado: al parecer, el señor Rogers le había robado a mi madre la tarjeta de débito y las tarjetas de crédito o, por lo menos, las había cogido «prestadas» mientras ella dormitaba en el tálamo y había sacado tres mil dólares que había gastado en juegos de azar a altas horas de la madrugada. (Más adelante, cuando mi madre recibió el extracto de las operaciones realizadas con las tarjetas de crédito, se enteró de que su marido también se había gastado su dinero en varios espectáculos eróticos que figuraban bajo el discreto concepto de «gastos personales en diversiones», así como en la compra de un humidificador de puros portátil que costaba mil quinientos dólares, puros por valor de ochocientos y una docena de pares de calcetines de cachemira.)

Yo me encontraba en mi dormitorio cuando mi madre regresó de su cumbre con Hilda Temple. Gillian se había ido al norte de la ciudad para ver a Herr Schultz. Durante un rato oí a mi madre en la sala de estar hablando con *Miró*. La manera en que mi madre

habla con el perro siempre me ha puesto un poco celoso. A decir verdad, creo que todos hablamos más con *Miró* que entre nosotros. Entonces la oí caminar por el pasillo. Estaba sentado ante el ordenador, mirando en Internet casas a la venta en pequeñas ciudades del medio oeste. Es asombroso lo que puedes conseguir por cien mil dólares en un estado como Nebraska. Oí que mi madre se detenía en la puerta, pero no levanté la vista.

—Ah, estás en casa —me dijo. Como eso era evidente, no vi motivo para confirmarlo ni negarlo—. Creía que habrías salido. ¿No deberías haber salido?

—¿Para ir adónde?

—No lo sé. Fuera. A una fiesta o algo por el estilo. O al cine. Tienes dieciocho años y es viernes por la noche.

—Jueves por la noche.

—Lo mismo da. Deberías haber salido. Me preocupas. ¿Qué estás haciendo?

—Miro casas.

—¿Casas? ¿Qué casas?

—Casas en venta.

—¿Y por qué haces algo tan raro? No sabía que buscabas casa.

—No busco casa —dije—. Solo estoy echando una ojeada. —Ella permaneció donde estaba en silencio. Me volví—. ¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Mirándote, nada más —respondió—. Cualquier día de estos te marcharás.

Este otoño he de ir a la Universidad de Brown, en Rhode Island. Bueno, en realidad, debo ir el mes que viene, pues en agosto hay unas espantosas jornadas de orientación para nuevos alumnos. Y eso me aterra.

Mi madre se sentó en mi cama.

—Siento lo del señor Rogers —le dije—. Gillian me lo ha contado.

Ella no dijo nada.

—¿Qué te ha dicho Hilda? —le pregunté.

Mi madre me miró y se restregó los ojos. Parecía cansada y vieja, jamás la había visto tan cansada y tan vieja.

—Prefiero no hablar del señor Rogers —protestó.

—Como quieras. En fin, lo siento.

Mi madre extendió la mano y la deslizó suavemente por mi mejilla, como si estuviera quitándome una mancha, pero yo sabía que solo era una excusa para tocarme.

—Qué cansada estoy —comentó—. Creo que no había estado tan cansada en toda mi vida.

—Entonces deberías irte a dormir.

En vez de responderme, mi madre se tendió en mi cama. Me volví hacia el ordenador. Estaba mirando una casa en Roseville, Kansas. Era bonita, una antigua casa de piedra con un tejado a dos aguas y montaplatos y bañeras originales de porcelana con patas en forma de garras. Tenía despensa, porche cubierto convertible en dormitorio y un sótano de piedra que parecía tan espacioso como una estación de metro.

—Mira esto —le dije.

Mi madre exhaló un suspiro y se enderezó.

—¿Qué?

—Esto. Ven aquí.

Ella se puso en pie y se inclinó por encima de mi hombro. Emitía un olor un poco raro. Notaba el aroma de Prélasser, su perfume favorito, pero había otro olor por

debajo, un olor extraño y áspero a cansancio o pánico o desesperación.

— ¿Qué? —repitió.

— Mira esta casa. ¿No es bonita?

— ¿Dónde está?

— En Kansas. Mira estas fotos. — Empecé a hacer clic en las fotografías ofrecidas: la sala de estar, el comedor, la cocina, el pasillo central y la escalera, el baño, los dormitorios.

— Está muy bien, ¿verdad? —le dije.

— No me gustan esas casas viejas —contestó ella.

— A mí sí. Tiene un porche convertible en dormitorio. Y montaplatos. Y una ventana de cristal de Tiffany.

— ¿Quién querría dormir en un porche? —preguntó mi madre.

— Yo.

— Se te comerían vivo los bichos. Allá, en el medio oeste, hay muchos bichos horribles.

— Está cubierto —observé.

— Yo me sentiría como en una jaula —comentó mi madre—. Y la gente podría ver el interior. Además, ¿qué tiene de malo el aire acondicionado? —Se irguió, suspiró y dijo—: Bueno, creo que me voy a la cama. —Pero siguió allí, como si quisiera que la contradijese.

— ¿Por qué te casaste con él? —le pregunté al cabo de un rato.

Ella no respondió. Estaba mirando por la ventana o tal vez solo estuviese mirando su propio reflejo en el cristal de la ventana. Por un momento creí no haberle hecho la pregunta y solo haber deseado formularla, pero entonces sacudió ligeramente la cabeza, como para aclararse. Seguía mirando la oscura ventana.

—Porque estaba sola —respondió.

No sabía qué decirle, así que no dije nada.

—Una se siente sola —siguió diciendo. Parecía estar en trance, hablando a su propio reflejo en la ventana—. Incluso contigo y Gillian, cuando se digna a honrarnos con su presencia, y *Miró* y mis amigos y la galería y las comidas, las cenas y los *brunches*. Dormir con él era estupendo, tener a alguien que me abrazara por la noche era estupendo... —hizo una pausa—. Oh, no debería contarte nada de esto.

—¿Por qué no?

Ella se apartó de la ventana.

—Te envenenaré, te transmitiré mi amargura y mi escepticismo, y no creerás en el amor.

—Ya no creo en el amor.

—Claro que no. ¿Cómo podrías creer? Nunca has estado enamorado. ¿O sí? ¿Me he perdido algo?

—No —respondí.

—Te enamorarás.

—Qué va.

Ella me puso ambas manos en los hombros, se inclinó y me besó en la mejilla.

—Eres demasiado dulce para no enamorarte. Sé lo dulce que eres. Tal vez más que nadie.

—No soy dulce —protesté.

—Calla —contestó mi madre—. No me contradigas. Estoy agotada. Me voy a dormir. Deséame buenas noches.

Se detuvo en el umbral. Me volví en la silla.

—Buenas noches —le dije.

Ella se alejó por el pasillo y entonces apagó la luz. Oí abrirse y cerrarse la puerta de su dormitorio. Oí un

ruido a mis espaldas, un leve sonido del ordenador. Me volví: como llevaba cinco minutos sin tocar una tecla, la pantalla se había apagado. La casa en Roseville, Texas, había desaparecido y había sido sustituida por el oscuro reflejo de mi cara.